

Eva Figes

**LA LUZ
Y MONET EN GIVERNY**

Traducción de
Juan De Dios León Gómez



EDITA **A. Machado Libros**

Labradores, 5. 28660 Boadilla del Monte (Madrid)
machadolibros@machadolibros.com • www.machadolibros.com

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni total ni parcialmente, incluido el diseño de cubierta, ni registrada en, ni transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, ya sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electro-óptico, por fotocopia o cualquier otro sin el permiso previo, por escrito, de la editorial. Asimismo, no se podrá reproducir ninguna de sus ilustraciones sin contar con los permisos oportunos.

Título original: *Light*

© Eva Figes

© de la traducción: Juan De Dios León Gómez

© de la presente edición: Machado Grupo de Distribución, S.L., 2023

REALIZACIÓN: A. Machado Libros

ISBN: 978-84-7774-460-3

DEPÓSITO LEGAL: M-28.194-2023

Impreso en España

Índice

Primero.	7
Segundo.	17
Tercero.	27
Cuarto.	35
Quinto.	43
Sexto.	47
Séptimo.	53
Octavo.	79
Noveno.	87
Décimo.	91
Undécimo.	99
Duodécimo.	107

Primero

El cielo todavía estaba oscuro cuando despertó y miró a través de las cortinas entreabiertas. En cuestión de segundos se incorporó, salió de la cama y abrió la ventana para escrutar las señales. Le gustó lo que vio: la oscuridad, empezando tan solo a desvanecerse, el negro azulado de la media noche, tornándose bruma y gris, a través del cual aún llegó a discernir la postrera luz de una solitaria estrella; la calma previa a la aurora, sin una brizna de viento, ni un atisbo de nubes en el cielo, alto y diáfano. Inspiró profundamente, y advirtió en el aire la presencia de aromas nocturnos y del rocío, que impregnaba la tierra y la vegetación. Su avidez por el día profundamente estimulada despertó con brío en su interior; se dirigió al vestidor canturreando entre dientes una tonadilla, y tomó un baño de agua fría que provocó que un hormigueo recorriera su piel.

Se vistió apresuradamente, y volvió al dormitorio. “Hoy me he adelantado incluso a los pájaros”, se dijo, asomado de nuevo a la ventana, con sus manos apoyadas en el pretil. Quizás había caído algún chubasco durante la noche, pues percibía un aire especialmente fresco que arrastraba consigo los efluvios de la tierra empapada y el perfume dulzón y cargante de sus rosas. Ni rastro de luz todavía. “Estupendo”, pensó, “le he tomado la delantera al día”. Observó que su jardín, envuelto en lóbregas sombras, parecía estar sumergido en un océano nocturno, a través del cual tan solo era

capaz de vislumbrar los contornos más oscuros de árboles y setos, volúmenes fusionados.

Los tejos, a su izquierda, eran dos columnas de noche absoluta, y por entre la oscuridad alcanzó a ver la palidez espectral de los plantones que florecían en las espalderas, su color aniquilado. Levantó la vista y atinó a ver una estrella que acababa de apagarse, de desaparecer, así el cielo se tornaba opaco, brumoso, aunque todavía faltaba mucho para la salida del sol. “He de moverme rápido si quiero atraparla”, se dijo, percibiendo un asomo de cambio en la tenue luz. Se hurgó en los bolsillos mientras se alejaba de la ventana, para cerciorarse de que llevaba cigarrillos. Abrió la puerta de su alcoba y la volvió a cerrar tras de sí con sigilo para no despertar a su esposa. Atravesó luego el pasillo, cruzando ante su puerta de puntillas.

Mientras escuchaba los crujidos de los pasos en el parqué, y seguidamente los saltitos acompasados de su marido escaleras abajo, pensó: “Tardará horas en volver.” Ya le parecían horas desde que lo oyera canturrear y chapotear en el baño, y faltaban aún más horas para tener que levantarse. La luz todavía no se colaba por entre las rendijas de los postigos; la silueta de las ventanas era tan solo un contorno, apenas visible. ¿Qué sentido tenía que cruzara ante su puerta de puntillas, si media hora antes ya podía oír sus ruidos a través de dos habitaciones? ¿De qué servía insistirle en cuánto le costaba conciliar el sueño? Olvidaba todo cuando estaba de buen ánimo o si el día le parecía prometedor, y ella había intuido ambas cosas en los sonidos que llegaban desde su alcoba. Se dio la vuelta suspirando, afligida por un ligero enfado y resentimiento, contemplando ante sí las horas muertas que tenía por delante y sintiendo cómo los muros y la oscuridad la aprisionaban hasta que casi no pudo respirar y empezó a dolerle la cabeza. Una vez notó que aquella familiar palpitación, el pertinaz martilleo en el cráneo, se había desencadenado, se llevó la mano a la frente. “Soy una anciana”, susurró, pasándose la mano ante los ojos, oprimiéndoselos. “He sobrevivido a mis propios hijos.” El reparador descanso que tanto anhelaba se hacía, sin embargo, de rogar. ¿Qué sería lo que a él le prestaba el vigor para levantarse en mitad de la noche, como si todavía no hubiera sido tocado por el tiempo, como si aún fuera

no ya un joven, sino un mozalbete, puesto que podía llegar a comportarse de un modo tan voluble y caprichoso como ellos?

A solas con su amargura y su jaqueca, sintió el mismo rencor que unos años atrás, también despierta en esta misma cama, mientras varios de los niños yacían enfermos, y él, en uno de sus viajes, permaneció ausente durante meses. En aquel entonces creyó que había sido una necia al ignorar las advertencias que la prevenían de renunciar a su clase social sin ni siquiera obtener a cambio un anillo de boda. Mirando fijamente al techo sumido en sombras, reflexionó sobre lo cruel que era la vida, tan breve, y sus horas, sin embargo, tan insoportablemente tediosas. Aún faltaba mucho para que llegase la luz del día, pero estaba segura de que no volvería a dormir. De pronto, y mientras que, solo para mirar otra pared distinta, trataba torpemente de mudar de postura en la cama, cayó en la cuenta de la ironía: ¿cómo pudieron escapársele de entre los dedos aquellos años sin reparar en que era feliz? A pesar de todas las vicisitudes, de sus preocupaciones por el dinero y por su marido, de los interminables episodios de sarampión o de gripe, de los viajes... Sin duda era por eso que ahora Dios la castigaba. Y por mucho que se hubiera empeñado en expulsarla de su mente la jaqueca había vuelto. Apretándose los párpados a la vez que se oprimía las sienes con la punta de los dedos, estaba convencida de que el abad simplemente trataba de mostrarse compasivo cuando le advirtió, en confesión, que constituía un pecado no pensar en Él de otro modo que como un ser misericordioso. Ella, no obstante, sabía que la culpa no era más que suya. Había errado, y por eso ahora Dios le mandaba este sufrimiento terrible.

Escudriñó la oscuridad, rasgada únicamente por el sonido acompasado del reloj. “Si al menos pudiera dormir, el tiempo no me resultaría una carga tan pesada”, se dijo. Una carga que la aplastaba de igual modo que su propio cuerpo, que debía arrastrar con ella y le resultaba tan pesado como la vida misma; se sentiría agradecida el día en que por fin se liberase de él. Cerró los ojos para eliminar todo vestigio de la habitación en brumas. Trató de conjurar la nada, la oscuridad absoluta, pero esta no se plegó a su súplica.

Un pájaro solitario había empezado a cantar desde la penumbra, oculto entre las ramas de algún árbol del jardín. Su canto se

prolongaba repetido en eco por el paisaje, fresco y sombrío, elevándose hacia la oscuridad del cielo. Fue respondido poco después por otro piar, más vibrante y apresurado, y en poco tiempo todo el jardín se llenó de la música ascendente de las aves, cada vez más intensa, un frenesí de gorjeos que se extendió por el valle, cuya línea del horizonte comenzaba a vislumbrarse bajo el cielo, aún en tinieblas.

Françoise, en la cocina, estaba un tanto nerviosa. Era el primer día en que se le había encomendado a ella sola prepararle el desayuno al señor y estaba segura de que algo saldría mal. Se repetía mentalmente las instrucciones, pero al oír que entraba en el comedor se aturulló, y no era capaz de encender el fogón. “El secreto está en mantener la calma”, se dijo, “pero ya podías haberte levantado a tiempo”. Lo de la leche fría era bastante sencillo; menos mal, porque aún no había conseguido hacer un café que la cocinera juzgase digno de ser bebido. Pero después... ¿Qué más le habían dicho? ¿Le gustaban el bacon crujiente y los huevos un poco tiernos o, por el contrario, muy hechos, con los bordes de la clara rizados? Le temblaban las manos y se afanaba en apresurarse. Había sido advertida de que podía ponerse de un humor de perros si la comida no era de su gusto. Retiró la mano del mango de la sartén el tiempo necesario para atusarse el pelo, ya que al no haber tenido tiempo de arreglárselo empezaba a resbalarle por la nuca. “Vaya facha debo tener”, pensó. Apartó las lonchas de bacon de la sartén chisporroteante y las dispuso en el plato sin percance, pero al realizar la misma acción con uno de los huevos este se rompió, derramando su yema. “Merde”, refunfuñó entre dientes; ya no había tiempo para otra cosa que servir el desayuno al instante y confiar en que su amo estuviese de buen humor. Alzó la bandeja y se encaminó hacia el comedor.

Auguste subió los escalones de dos en dos. Tocó levemente con los nudillos en los cristales de la galería y aguardó un instante, pataleando para eliminar de sus botas los restos de barro. Cuando comprobó que nadie respondía, acercó su cara al cristal para echar una ojeada. La cocina estaba desierta. No necesitaba girar el pomo de la puerta para saber que no estaba cerrada con llave, pero nunca

había osado entrar en la casa sin ser antes invitado. Entonces vio a la nueva criada que entraba en la cocina sosteniendo una bandeja vacía en una mano y atusándose el pelo con la otra. Le pareció un tanto alterada y confusa, sus mejillas ruborizadas, el cabello revuelto; frunció el ceño mientras dejaba la bandeja sobre la mesa y después se volvió hacia los fogones. “Seguro que no dura ni seis meses”, pensó. Estaba a punto de volver a llamar en el cristal cuando ella levantó la vista y advirtió su silueta tras el portón. La muchacha se acercó a abrirle y reparó en que, por encima de sus hombros, las tinieblas comenzaban a dispersarse. El día estaba naciendo, y una algarabía de pájaros llegaba desde la arboleda.

Encendió su primer cigarrillo mientras esperaba, de pie, en la escalinata de la galería. Pensaba en cuán bueno era que únicamente estuviese empezando a clarear. La casa seguía envuelta en sombras; su techo empinado se recortaba apenas contra el apagado firmamento, hileras de contraventanas cerradas, solo la suya abierta al cielo añil. En ese instante, por entre las brumas, solo acertaba a entrever las plantas que ocupaban el espacio de la galería, pero un poco más allá, alrededor de los tejos, se percibía otra clase de oscuridad, densa y suave, de una textura que parecía atraer hacia sí todas las demás sombras sin devolver ninguna. Era cierto que los tejos habían crecido enormemente en los últimos años, pero se alegraba de no haberlos cortado; Alice, con su temperamento práctico, no pareció sentir ninguna piedad por ellos cuando se interpusieron en sus planes, pero también fue ella la que, años atrás, había querido conservar las dos filas de píceas en la avenida central del jardín, y de haberlo hecho el jardín ahora parecería un cementerio. No, había algo especial en esas dos inmensas siluetas, la inversión del color y de la luz, la gravedad con la que fijaban todo lo demás a la tierra. Y de todos modos, aunque restaran algo de luz a la casa, ¿cuánto tiempo pasaba él en su interior? No, él tenía razón, y el día en que ella estuviese un poco mejor reconocería su equivocación. “Ojalá empiece pronto a reponerse”, pensó, poco esperanzado.

Lanzó el cigarro contra la gravilla. “¡Vámonos!” dijo al comprobar que su criado cargaba ya sobre sus hombros con todo el equipo. De pronto sintió que tenía que apresurarse. Temía que la luz cambiase antes de haberla atrapado. Caminaban vereda abajo y

reparó en cómo, detrás de él, las pisadas del hombre en la gravilla se alternaban a ritmo sincopado con las suyas. Subió los escalones que conducían hasta el paso elevado. Mirando en lontananza atisbó las vías del ferrocarril reluciendo tenuemente hacia la lejanía a través de la comarca en penumbra hasta el punto en donde la primera franja de luz, más allá del horizonte, comenzaba a insinuarse, aunque todavía no lo suficiente como para tocar el estanque de los nenúfares, tan envueltos en brumas que apenas podía distinguir sus contornos. El eco de sus pasos sobre el puente era el único sonido que advertía; debajo reinaba un sigilo oscuro y virgen, como recién creado, que se escondía tras hileras de plantas que él mismo había ordenado sembrar, ahora apenas esbozadas, y se extendía misterioso hasta llegar a los sauces, cuyas siluetas curvadas se recortaban ya en el cielo. Oía también el borboteo del agua al entrar por la esclusa, y el suspiro del viento en las alargadas hojas de los sauces. Aunque apenas podía imaginar sus formas sabía que los nenúfares, en la oscuridad, estarían tan cerrados como perlas.

Poco después de cruzar el pequeño puente de madera que salvaba el estrecho cauce de agua se encontró de pronto en campo abierto, fuera de su propiedad. El rocío en la alta hierba le empapaba ahora los pantalones. Le sobresaltó un pájaro que, asustado, levantó el vuelo delante de él; cruzó el apagado cielo para ir a posarse de nuevo algo más lejos. Se había olvidado por completo de Auguste, que avanzaba con dificultad por la pradera en tinieblas tratando de seguir su paso, cargado con todo el peso. Una multitud de sombras se fundían con otras sombras para crear siluetas nuevas, aún más oscuras. Sombra tras sombra, pliegue tras pliegue, la tierra parecía demorar su aparición cobijándose en un íntimo escondrijo, mientras la fila de árboles destacaba ya contra el cielo desvaído. Ahora solo oía el sonido de sus botas al rozar contra la hierba y el susurro del agua tras los tupidos macizos de ortigas y zarzas, y tras de los sauces. Le alcanzaba ya el olor a menta y a tierra mojada. Una vez en el esquife se inclinó para recoger de manos de Auguste la carga, provocando el bamboleo de la lancha, lo que hizo que una nube de insectos se levantara desde los carrizos cercanos. Un segundo después flotaban en el río, y mientras se deslizaban hacia el bote anclado en cuya cabina se había instalado el estudio únicamente el sonido de sus propios movimientos rompía el silencio:

los remos hendiendo la tersa superficie del agua; el chirrido sordo de las horquillas en las que estos se fijaban.

Llegados al bote, y mientras Auguste se deshacía de los lienzos, Claude miró ansiosamente a su objeto por primera vez ese día para asegurarse de que nada hubiera cambiado, de que ninguna rama se hubiera quebrado durante la noche alterando la elevada silueta que formaba el conjunto de los árboles o interponiéndose en la tersa superficie del agua. En la quietud añil de la aurora los árboles se re-encontraban finalmente con su reflejo en el cristal de las calmadas aguas grises. Calculó que le quedaba tal vez una hora.

Casi cuadrado, un perfecto equilibrio entre agua y cielo. En las aguas calmadas todos los objetos son inmóviles. Únicamente colores fríos, azules, por fin homogéneos, que se esfuman en gris niebla, objetos que se funden, árboles disolviéndose en el agua, disolviéndose en el cielo. No más pinceladas gruesas, no más luz brillante reverberando en la superficie de las cosas, el deleite, lo pequeño. He logrado rasgar la vaina, el caparazón opaco de las cosas. Es extraño que haya necesitado tanto tiempo para llegar hasta aquí sabiendo, como sabía, que este era mi elemento. Estaba cegado, deslumbrado por el torbellino de los objetos móviles, de las cambiantes mareas, la llamarada del sol en la ola que rompe. Miraba a las cosas, no a través de ellas. La piel brillante de las cosas, el trémulo fulgor de su envoltorio. Mas ahora, antes del alba, no habrá destello que se interponga entre nosotros. A través de la gasa apagada de su piel veo el objeto en sí.

Un pez surgió de entre tanta quietud alterando momentáneamente el silencio y también el liso espejo que era el río. Suaves ondas se expandieron por la superficie hasta morir dócilmente. Recostado en el pequeño bote, una de sus manos rozando el agua, Auguste se lamentó de que no se le permitiera traer su caña. Estar allí, sin más, le aburría. Durante la última hora, o media hora, o quién sabe cuánto tiempo llevaban allí —y era imposible predecir cuánto más estarían—, había observado varias truchas deslizarse por entre las aguas cristalinas. El cuerpo se le estaba entumeciendo, así que trató de cambiar de posición sin armar mucho jaleo. Una de las normas de la casa consistía en no molestar al pintor cuando tra-

bajaba, por lo que intentaba moverse con sigilo, pero le resultaba imposible no hacer absolutamente nada. No obstante, Sylvian aseguraba que una vez se cayó al río sin que él ni siquiera lo notase hasta la hora de volver, cuando le preguntó por los pantalones empapados. Pero no sabía si creer a Sylvian. Después de todo era un guasón.

Alcanzaba a ver la fornida figura recortada en el cielo ahora menos oscuro, y habría jurado que en la última media hora no se había movido en absoluto, ni tan siquiera un leve giro de cabeza. Su método de trabajo —una hora tras otra en aquel particular aislamiento, sin mirar a nada en concreto más que a este viejo tramo del río en el que, cuando ellos eran niños, habían pescado y nadado juntos, él siempre capaz de bucear más hondo y nadar más rápido y más lejos que los muchachos, riendo a carcajadas al surgir del fondo con el agua resbalándole por la barbilla, enseñándonos cómo cebar el anzuelo, uno más de nosotros, simplemente un hombre más, capaz de hacer lo que cualquier otro— se le antojaba extraño. Y además, este tipo de cuadros le resultaba peculiar; él prefería que las obras contaran una historia, aunque le habían asegurado que en París había gente dispuesta a pagar miles de francos por uno de estos.

Bostezó, y oyó cómo le sonaban las tripas. A la vista de los hechos, la nueva chica parecía bastante rácana con la comida: no le había ofrecido más que un vaso de sidra y un trozo de pan chamuscado. Y ahora estaba indudablemente hambriento. La forzada inmovilidad lo hacía más evidente. Probó a otear a su alrededor para pasar el tiempo y olvidarse de su estómago, pero todo lo que vio le resultó insulso: era el mismo cielo de cada día, donde todavía ni siquiera había pájaros, los mismos árboles de todos los días a la orilla de este mismo y anodino tramo del río, aburrido como pocos. Además, a esta hora tan temprana era imposible distinguir nada: los árboles no eran más que un borrón, verdoso y gris; las orillas estaban sumidas en brumas, y en cuanto al agua, no había en ella absolutamente nada en que fijarse.

Oyó un repentino chasquido: era su patrón, encendiéndose un cigarro. Observó un brillante parpadeo de lumbre amarilla por entre las sombras, y durante un tiempo disfrutó del olor del humo, hasta que el pitillo a medio fumar fue arrojado al agua. Había con-

templado ya muchos esta mañana, flotando empapados corriente abajo. La señora había ordenado recoger del jardín todas las colillas que hallasen por los senderos para ofrecérselos a los mendigos, que llamaban a la puerta casi a diario, pero rescatarlos del agua no merecía la pena. El agradable aroma del tabaco despertó otra vez sus tripas. En los viejos tiempos Melanie siempre le guardaba lo que hubiera sobrado de la noche anterior, pero la nueva chica era o bien demasiado estúpida o bien demasiado tímida para actuar como era debido. En fin, quizá con un poco de paciencia aprendiese.

Recordó las truchas que había visto deslizarse por el agua. Qué ricas hubieran sabido cocinadas en un lecho de brasas; imaginó su carne caliente separándose de las espinas. Siendo un muchacho habían acampado aquí, en esta misma orilla, con Jean Pierre, con Michel, pero ahora..., en fin, todo era distinto; desde que se hicieron hombres y él empezó a trabajar en su jardín apenas hablaba con ellos. Más tarde la villa al completo se había transformado, y ahora prácticamente solo tenían trato con los forasteros.

Claude dejó la paleta sobre la cubierta el tiempo imprescindible para sacar un pitillo, encender la cerilla y darle una sola calada. Después reparó en un detalle que hasta entonces le había pasado desapercibido y se deshizo de él. Seguía habiendo algo que se le escapaba y ahora que el tiempo se agotaba pensó que estaba a punto de atraparlo. Muy pronto saldría el sol llevándose consigo este silencio, esta fresca luminosidad en cuyo origen estaba aquella quietud. Se le ocurrió que aquel perfecto equilibrio entre agua y cielo, entre el mundo real y su imagen especular, debía parecerse mucho a estar sentado en el eje central del universo, el punto inmóvil alrededor del cual todo giraba. Pero a la vez era consciente de su fragilidad: como estar dentro de una pompa de jabón color aguamarina que en cualquier instante puede desaparecer. Justo en ese momento su escrutadora mirada advirtió, en el punto en que el río convergía no con el cielo sino con el reflejo de su propia sombra, una mancha difusa azul oscura. Y pensó: ya lo tengo.

Pero la luz cambiaba rauda y supo que por hoy había terminado su trabajo en ese lienzo. Por detrás de los árboles, una fina franja rojiza empezaba a despuntar. Después de eso, todo mutaría. Comenzarían a apreciarse tonos encarnados en el agua, que empe-

zaría a brillar lanzando destellos dorados y rosas. La piel del río se transformaría en una criatura viva, cargada de fragmentos de la tierra que este iba meciendo corriente abajo hasta la noche siguiente. Cuando por fin salió el sol el cielo se volvió aún más pálido. Su claridad comenzó a acariciar los árboles, que mostraron de pronto mil relieves, las hojas y ramas reflejando a su vez la luz y el color. A la vista de lo que sucedía frente a él en el río, tuvo que dejar de mirar al lienzo. Mientras que las orillas seguían envueltas en sombras el agua brillaba ahora como el satén, los rosas y dorados eran vivos, del color del fuego, y se extendían desde la proa del bote hasta el lejano punto en el horizonte donde los árboles finalmente desaparecían y el río casi llegaba a tocar el cielo incandescente. “Todo es un constante flujo”, pensó, reparando en una mancha rojiza cercana a la orilla, cubierta aún por la sombra de los árboles. Esta continua transformación, que constituía su principal obstáculo, le resultaba al mismo tiempo esencial.

Dejó reposar los pinceles, asumiendo que por hoy debía darse por vencido. Un sentimiento de fatiga se apoderó de él mientras guardaba en la caja los tubos de pintura. Miró por detrás de su hombro para llamar a Auguste y observó que este había retornado al esquife, donde dormía con la cabeza apoyada en la borda y la boca ligeramente entreabierta.

Segundo

Había perdido la noción del tiempo. Como si volviera de otro lugar, perteneciente solo a la noche o a las reminiscencias de sus cavilaciones nocturnas, en las que ya se había convertido en rutina hablar con personas que existían solamente en su memoria. De manera incomprensible, durante este último año de insoportable sufrimiento parecía haberse acercado todavía más a ellos, como si el tiempo simplemente se hubiera evaporado llevándose con él un largo período de su vida. A veces, cuando en la penumbra ocultaba su cara entre las manos para susurrar algo a su hija, era su propia madre la que le contestaba, y volvía a ser ella la muchacha que reclinaba su desdichada cabeza en el maternal regazo, y llegaba casi a sentir una mano acariciando el pelo que caía por su espalda, o rozando levemente su frente. Era como si un invisible muro se hubiera derrumbado arrastrando con él la estructura palpable de su existencia.

Llevaba tanto tiempo sentada, inerte, junto a la tumba, que creyó que nunca más sería capaz de levantarse. Le dolían las rodillas y sentía su cuerpo entumecido y frío. Pero, inevitablemente, pronto tendría que marcharse; la palidez del cielo iba en aumento y en cualquier momento alguien aparecería descubriéndola allí, con el pelo alborotado y los bajos del vestido empapados de rocío. Era eso, no obstante, lo que le resultaba más penoso, ¿cómo volver a casa ahora que había caído el telón que separaba la noche del día,

lo invisible de lo visible, dejándola aturdida? Le resultaba intolerable pensar en aquella interminable lista de quehaceres diarios que todo el mundo esperaba de ella que cumpliera, simplemente porque llevaba veinte años haciéndolo; supervisar las tareas del hogar, tratar de dulcificar los cambios de humor de su marido, sonreír ante las visitas... También habían intentado que dejara de visitar el cementerio de madrugada, pero, ¿qué daño le hacía ella a nadie, si además era incapaz de dormir? Se sentía mejor aquí, esperando al amanecer junto a su niña, oyendo los primeros pájaros como ella los hubiera oído. Le resultaba más fácil respirar una vez abandonaba la casa y cruzaba la aldea para llegar a este lugar fresco y apartado, tan apacible y grato antes del alba.

Pero ahora debía marchar. “He de dejarte, mi niña”, susurró. Había observado cómo, detrás de la cruz de granito, el anil del cielo comenzaba a cambiar a un azul más claro, y oyó también las ruedas de un carro machacando los guijarros del camino que corría detrás de la iglesia. Depositó las alicaídas rosas sobre la tierra y se incorporó, torpe y lastimosamente. A estas alturas, reconocía este como su verdadero hogar, y cada vez le costaba más trabajo fingir ante los demás lo contrario.

Un gallo cantó, y su impertinente estridencia fue respondida un poco más abajo por otro que como él llamaba al día a través del aire puro. El cielo presentaba un delicado azul en su punto más alto, pero aún faltaba mucho para que el sol bañase al mundo con su luz. Los edificios que conformaban la revirada calle de la parte alta de la aldea seguían envueltos en sombras, densas y frescas. Un huerto de hierba alta y manzanos retorcidos yacía inerte detrás de su muro, sumergido en una quietud del color de la piel de uva. Antes de continuar con la inspección de sus rosales, el abad, observando cómo la figura rechoncha de la mujer se alejaba lentamente vereda abajo, pensó que iba siendo hora de hacerle otra visita. Una muchacha surgió de su casa para sacudir el mantel y regresó enseguida al interior. Un gorrión se acercó dando saltitos en busca de las migajas, pero huyó al descubrir la presencia agazapada de un gato negro. En la aldea las casas permanecían inmersas en la sombra que proyectaba la colina, pero más abajo, hacia el río, la aurora otorgaba ya al cielo un brillo nuevo y las praderas mostraban los reflejos do-

rados del polen. Para entonces los primeros rayos alcanzaban también a la plomiza torre de la iglesia, situada al otro extremo del pueblo, aunque en realidad no había nada que fuese capaz de penetrar la siniestra mole de su imponente estructura. Sin embargo, faltaban horas para que el sol se alzase lo suficiente como para secar la hierba que rodeaba la tumba, disolver las sombras en que se sumía; ni un solo rayo tocaba la nueva cruz de granito en que se había grabado el nombre de Suzanne, a pesar de ser tan alta. Solo los árboles más viejos recogían un poco de luz en la punta de sus copas. Las casas se proyectaban sus sombras inclinadas unas a otras, dejando lugar en el espacio que las separaba para láminas de tenue luz blanquecina que antes de llegar al suelo se cruzaba con las chimeneas y los tejados a dos aguas, y atravesaba después las persianas, introduciéndose hasta el interior de los hogares en forma de franjas que semejaban dedos inquisidores.

Los mosaicos que la luz, al ser tamizada por las persianas, formaban en su viaje hasta el interior de la alcoba eran para Lily el comienzo del mundo. ¿O lo era quizá el canto del gallo, antes incluso de que abriese los ojos? Hoy lo había oído mucho antes de estar de verdad despierta; una vez alguien le había contado que era eso, el canto del gallo, que el sol saliera. La luz se reflejaba en el suelo de madera encerado formando brillantes charcos. La niña observaba asombrada los corpúsculos que flotaban y danzaban en las láminas de luz. ¿Formaba eso parte de la propia luz? Y en tal caso, ¿de qué estaba hecha? Aguardar despierta en la cama hacía que se le ocurriesen tantísimas preguntas, pero no era fácil decidir a quién hacérselas, porque lo que alguna gente le contaba la aturdiría todavía más.

Se tumbó de nuevo en la cama, examinando la claridad lechosa y cálida que atravesaba las persianas pintadas de verde, sintiéndose parte de un todo mucho mayor que la acogía en su seno. Empezando por su habitación, donde estaban aquellos charcos de luz y aquellas sombras que todavía se arremolinaban en los rincones más alejados del techo, y también su propio cuerpo, tan empapado en sudor que tenía que patear para evitar el contacto desagradable de las sábanas; después la inmensa casa que la rodeaba, con todas esas estancias y objetos misteriosos, esas camas y ropajes ajenos de olo-

res extraños, esos armarios y tocadores llenos de secretos esperando a ser descubiertos, palpados, admirados, los frascos de perfume aguardando a la nariz que los husmee, los sombreros y viejas blusas esperando a que alguien se los pruebe, los espejos en los que mirarse, broches que prenderse, tarros de crema en los que hundir los dedos, álbumes de fotos apilados en la vitrina, aún por explorar. O casi por explorar. Ella conocía lo suficiente de la gigantesca y laberíntica casona, de su estudio, del edificio contiguo, del vestidor de su abuela, como para al menos ser consciente de cuanto le quedaba aún por descubrir. Sabía que, por ejemplo, acercando unas sillas a la mesa del comedor, se podía fabricar una casita donde desaparecer durante horas, como Noé en su arca. Al ser pequeña la dejaban entrar a todas partes: la cocinera hasta su cocina, Marie a su cuarto del ático, con ese extraño camastro metálico bajo el cual empujaba su baúl...

La luz continuaba reptando lentamente dentro de la habitación. Había alcanzado los pies de la cama y se proyectaba deslumbrante sobre las sábanas. Lily arrimó un pie para sentir su calor y contempló el brillo color miel del vello de su pierna. ¿Cuánto más faltaría para que alguien viniera de una vez? El tiempo se le antojaba infinito, al menos tan inmenso como esta enorme casa con todas sus desconocidas estancias. “Piensa en el día de mañana”, se dijo, “o en el año que viene”. Pero el día de mañana le parecía remoto, y el año que viene, tan extraño como la cara oculta de la luna. Se sentó en la cama y atrajo un mechón de pelo ante sus ojos, dejando que la luz del sol lo atravesara. Tenía hambre y podía oír afuera el canto de los pájaros. Ansió que alguien por fin viniera, pero en el interior no se oía un solo ruido. Comprendió de pronto que parte de la fascinación que esta casa ejercía sobre ella surgía no solo de los objetos que guardaba, de sus muebles, de sus cuadros, de los hermosos azulejos de la cocina, sino también de la enigmática circunstancia de la vejez de sus abuelos –la gris ceniza del tiempo, que impregnaba la barba de su abuelo y la cabellera de su abuela; los flácidos rasgos de sus caras– que sus ropas parecían exudar: en las de él identificaba olores a tierra, tabaco y aguarrás; en las negras vestiduras de su abuela percibía un aroma dulzón, mezcla de polvos de talco y perfume añejo. Husmeó la piel de su brazo y reconoció el olor del sol.

Culebreó dentro de su camisón de algodón y deseó que se le permitiera corretear durante todo el día vistiendo algo tan fresco y holgado como eso, notando, tal y como ahora, únicamente el tacto de su propia piel. Ojalá nadie la obligase a cambiarse. Se retorció un poco más, solo por placer, y se imaginó corriendo descalza por el jardín, sintiendo casi cómo la brisa penetraba entre el camisón y su cuerpo. Decidió que cuando fuese mayor nunca más usaría las prendas que ahora la obligaban a vestir. Recordó todas aquellas veces en que la habían regañado por rebelarse, en que chilló y se resistió a levantar los brazos para que le pusieran otra pieza más de ropa que encorsetase aún más sus movimientos, en que se negó a estarse quieta mientras la abrochaban y la abotonaban... Sabía que no servía de nada. En el verano, al menos, era algo mejor. Siempre y cuando no corriese mucho y rompiese a sudar.

Levantó una pierna y jugueteó con su pie en el aire. Repitió lo mismo con la otra e instantes después empezó a saltar sobre el colchón. Notó como sus mejillas enrojecían y se detuvo para recobrar el aliento. Oyó pasos afuera, pero no se detuvieron ante su puerta. Un trémulo rayo de luz había alcanzado por fin la esquina de la habitación más alejada de la ventana. En el repentino silencio, pudo distinguir el zumbido monótono de un abejorro en el jardín, justo detrás de las persianas, y de pronto se sintió maravillada ante la inmaculada novedad de todas las cosas del mundo. Permaneció muy quieta, avizor.

Cuando, antes incluso de abrir los ojos, oyó los pájaros que cantaban afuera, ya sintió que había algo especial en aquel día. El jubiloso alboroto de las aves, la luz que se filtraba poderosa por las rendijas de las persianas, eran signos que auguraban un perfecto día de verano, pero no podía ser solo eso. Sabía que era tarde, pues recordaba haber sentido los pasos de su hermana en el pasillo, pero tampoco un sueño largo y reparador era suficiente para explicar aquel estado de excitación. Entonces recordó: Pierre, posando su mano en las suyas en el banco bajo los tilos, cuando por fin reunió el valor para hacerlo. No estaba segura de si el nerviosismo que ambos habían mostrado se debía a la incertidumbre de no conocer los sentimientos del otro o a que nunca estuvieron seguros de que aquel instante en realidad sucedería hasta el momento mismo en

que él cogió sus manos. Cerró de nuevo los ojos intentando recrear cada mirada y cada caricia, acunando en su regazo los recuerdos, ahora que aún nadie más conocía su secreto, ahora que tan solo a ella le pertenecía.

Se levantó por fin y abrió los postigos, sujetándolos con su propio gancho a la pared exterior. Notó el tacto cálido en la madera y pensó que nunca había visto un cielo tan límpido, tan alto y tan azul. De vuelta a su alcoba escanció agua en la jofaina y se lavó la cara, recogiendo el pelo de la nuca para que el agua corriese por la espalda. Lo mejor sería hablar antes con su madre y dejar que ella intercediese. Mientras se secaba se fijó en su imagen en el espejo: las pupilas que devolvían su mirada eran las de una extraña sorprendida en medio de un acto vagamente embarazoso. “Tú también eres rechoncha”, le decían, “y tus facciones son de lo más ordinarias”. Esta mañana, sin embargo, se sintió con fuerzas para replicar, y sonrió dejando caer la toalla. “Sí”, se respondió, “pero Pierre quiere desposarme”. Y encontró que su mirada se endulzaba y que, especialmente cuando sonreía, sus rasgos no estaban tan mal.

“Vaya, vaya. Qué niño más dormilón”, exclamó Marthe con firmeza mientras desatrancaba los postigos con un golpe seco. Al abrir la puerta del dormitorio le había complacido encontrarse con que el niño aún permanecía en su cama, la cabeza despeinada sobre el almohadón, los ojos muy apretados. Parecía que la estancia del pasado año con su padre no había hecho que olvidase el pequeño juego que compartían, y eso la llenaba de orgullo. “Como si esta fuera su casa, y yo en realidad su m...” No se permitió a sí misma terminar la frase. Tanto a ella como a la abuela del niño se les había pasado por la cabeza que quizá Theodore estuviera pensando en tomar otra esposa, ahora que había pasado un año desde la muerte de Suzanne. Sabía que si tal cosa ocurría perdería para siempre a los hijos de su hermana. Incluso puede que el padre estuviera pensando en regresar a su país. Tentó el pie del niño a través de la colcha y se asombró de lo que había crecido en solo unos meses. Advirtió un esbozo de sonrisa en sus labios, los ojos todavía muy apretados, y entonces tiró bruscamente hacia atrás de las sábanas provocando el aullido exaltado del niño, que se tapó los ojos con las manos y empezó a patallar como un histérico.

“¡Arriba!” le ordenó, adoptando un tono teatral y autoritario. Se dirigió a la cómoda para recoger su traje de marinero y cuando se dio la vuelta observó que seguía tumbado, en actitud desafiante. Era una parte más de su representación, y sintió una punzada de rencor al imaginar que el niño pudiera compartir este juego con otras personas. “Seguro que lo hace”, se dijo. “Hasta ahora nunca he sido la favorita de nadie.” Lo incorporó ella misma en la cama, y apartó hacia atrás con la mano sus cabellos para besarle en la frente dulcemente.

“Ya eres lo bastante mayorcito como para hacer esto tú solo, ¿no te parece?”, le dijo, esta vez con verdadera firmeza, sabiendo que tenía tendencia a mimarlo demasiado. El muchacho empezó a improvisar muecas y dejó su cuerpo laxo hasta quedar tan flácido como un muñeco de trapo, tratando de dificultar los intentos de su tía por meter sus brazos en las mangas. Ante esta táctica, Marthe reaccionó imitando la actitud severa que había aprendido de su madre cuando, veinte años atrás, empezó a ayudarla en el cuidado de los más pequeños, creyendo entonces que practicaba para el día en que tuviera que cuidar de su propia familia. Con él, empero, dichos trucos no funcionaban; sabía muy bien que su enfado era fingido. Advirtió con angustia su delgadez, las venas azuladas bajo su pálida piel, los huesos prominentes de las rodillas, pero se limitó a propinarle un cachete en las pantorrillas para que se estuviera quieto y dejase que le atara los cordones. Echó agua en la jofaina y le pasó una toalla húmeda por la cara y la frente y por detrás de las orejas. El muchacho no se resistió a las abluciones, tan solo inclinó un poco hacia atrás la cabeza canturreando una cancioncilla. Finalmente se dejó caer a peso para terminar sentado en el borde del colchón. Las piernas le colgaban de la cama, todavía no le llegaban al suelo. Marthe recogió de la cómoda el peine y el cepillo y se preparó para la lucha que acompañaba el rito diario de desenredarle la melena, ya no tan rubia, sin embargo, hoy el niño se mantuvo quieto. Mientras su tía terminaba de peinarlo sus miradas se cruzaron, y a ella le sobresaltó encontrarse con una expresión que hasta ese día desconocía. Quizá se debiera al modo en que la luz entraba por la ventana o a algún extraño reflejo; trató de convencerse. Pero sabía que no era así; no se parecía al modo en que el cielo se refleja en el agua, sino que era más bien el agua la que bebía de la luz, como una charca sin fondo.

Lo peinaba despacio, cuidando de no hacerle daño. Cuando encontraba un remolino sujetaba su cabeza contra su pecho para evitar los tirones. Hoy notó que, en lugar de retirarse, el niño se apoyaba contra su cuerpo, sintió su peso en su blusa y se alargó un poco más de lo necesario, observando cómo el peine se deslizaba mansamente entre los sedosos mechones.

“Listo”, exclamó quizá con un punto excesivo de brusquedad, y acarició por última vez su cabeza antes de incorporarse. Arrancó los finos cabellos rubios que habían quedado en el cepillo ayudándose del peine, e hizo con ellos un revoltijo entre los dedos, que arrojó por la ventana. Se quedó observando cómo una brisa invisible lo alzaba en el aire de la mañana hasta que desapareció en dirección al tejado.

La luz, fragmentada al atravesar las copas de los árboles y arbustos, formaba un mosaico con las sombras, un complicado arabesco que tapizaba todo el suelo del jardín y al que contribuían las hojas más externas o bien aquellas no ocultas a su vez por otras sombras. La base de los troncos seguía, sin embargo, sumida en penumbras, y en la galería las enredaderas, abrazadas a sus espalderas, desprendían todavía un halo de frescor. Este fue el paisaje que recibió a Michel cuando decidió salir por un instante del estudio. La luz acariciaba no ya solo el tejado de la casa, sino también a sus habitaciones del piso superior, que no estaban cubiertas por la hiedra. El hogar saludaba al día con sus ventanas abiertas, las cortinas de encaje blanco meciéndose en la brisa, el tenue color rosado de sus muros. Michel podía oír desde allí cómo una de las criadas preparaba la mesa para el desayuno: el chasquido metálico de la porcelana repicando con las cucharillas, el de estas al ser dispuestas sobre los platillos. Al cabo retornó a la soledad del estudio, que había terminado por convertirse en sala de estar de la familia. Quedaba poco para que los otros empezasen a bajar, podía sentir ya su rumor en el piso de arriba, pero de momento disfrutaba de este instante, que le pertenecía solo a él. Estaba a solas con los cuadros de su padre, que ocupaban las cuatro paredes de la estancia, fila sobre fila, llegando casi al techo —ligeramente inclinados, como asomándose al espectador—, rodeado de ellos justo en el centro de la habitación. En realidad, apenas necesitaba mirarlos, porque los llevaba grabados

en su mente. Le sobrecogía la autoridad que emanaba a veces de una simple pincelada. No era solo que tan imponente expresión de maestría le dejase sin aliento; sentía además como si sus manos, y con ella su voluntad, quedaran paralizadas ante ella: lo dejaba clavado al sitio. ¿Estaría preparado para partir, como ya habían hecho los demás? ¿Para madurar lejos de este sitio? ¿Para alejarse por fin de su padre? Le resultaba imposible pensar con claridad. La parte inferior de un lienzo colocado descuidadamente encima de una butaca mostraba una sola pincelada que parecía conjurar toda la magia, el dominio y el poder del que no podía ni deseaba escapar. “¿Qué dirección tomar?”, se preguntaba, sabiendo que a ojos de la familia era un ser extraño, incomprensible, que empezaba a resultar casi incómodo ahora que hasta Jean Pierre iba a volar del nido para emprender los estudios y buscar después una profesión. Pero para Jean Pierre no era lo mismo: él no era su hijo; no estando unido por el cordón umbilical de la autoridad podía afrontar estos temas con ligereza y abstraerse a la influencia de su gigantesca sombra. “¿Qué hacer”, meditó, “cuando se tiene la certeza de que es justamente esto lo que merece la pena, y de que yo no doy la talla?”.

Oyó cómo alguien bajaba desde el piso superior y se apresuró a salir. No quería que nadie lo viera antes del desayuno. Bajó por la escalinata que conducía desde la galería al sendero, que después discurría bajo los tejos. Escuchaba ahora a los pájaros, que cantaban ocultos en las ramas de los tilos. También, desde lo lejos, advertía otros sonidos: Marie, entonando una coplilla que se entrecortaba por el estruendo de los platos; el grito de un carretero en el camino, intentando dominar a su caballo; el cacareo de las gallinas en el gallinero. Gran parte del jardín seguía sumido en sombras. En ciertos sitios pequeños fragmentos de color habían conseguido fijar la luz, que había llegado hasta allí atravesando como por una milagrosa casualidad la fronda. En otros, sin embargo, franjas más amplias de sol hacían que la gravilla presentara un intenso tono amarillo, y algunas de las flores mostraban un colorido tan nítido e intenso en sus plantones que aquellas otras que quedaban en la sombra parecían haber sido robadas de sus pigmentos. “Las flores de mi padre”, pensó al percibir la suave invocación del verano que emanaba del jardín, sabiendo que sería incapaz de huir de esta perfección que parecía respirar por él y a la

vez le sofocaba, paralizando los músculos de su pecho. La luz era tan resplandeciente, los colores tan vivos, que sentía la necesidad de cerrar los ojos ante su fulgor. Continuó caminando vereda abajo a pesar de todo, observando los contornos de las flores, deslumbrantes en la nueva luz, la fragilidad de sus pétalos, estambres y pistilos, expuestos orgullosos a las primeras abejas del día. Al fondo del jardín no había nada que entorpeciese el paso de la luz, y esta se esparcía libremente bajo un cielo alto y limpio, ocupando enteramente el espacio que antes había compartido con la claridad lechosa de la última neblina matinal y aportando tonos encarnados a las flores trepadoras, que formaban un seto tras el cual discurría el ferrocarril. El gran sauce, recortado contra el cielo, parecía temblar como una novia escondida tras de su velo de gasa. Situados a la derecha del puente sobre las vías otros cuatro sauces jóvenes de apariencia espectral cumplían el papel de sus damas de honor. La luz reverberaba en las praderas que quedaban detrás, hacia el horizonte, atravesando la misma tenue calima blancuzca, fruto leve y vaporoso del relente nocturno, y su destello difuminaba como un espejismo los contornos de cercas y riberas, los setos de zarzas y ortigas, los tocones de los árboles talados. Cercana todavía al suelo, la bruma se resistía a abandonar el valle, otorgando a la mañana una suave luminosidad que parecía no surgir del sol sino, por medio de algún enigma incierto, de la misma tierra. O quizás ambos, tierra y sol, hubieran estado confabulando.

Más abajo, en el río, la prominente arboleda había dulcificado los efectos paulatinos del sol al ganar altura, y ahora los cambios se revelaban de una manera más brusca. El primer indicio, sin embargo, había llegado horas antes desde el punto en el horizonte donde las hileras de árboles a ambas orillas del río se encontraban entre sí, justo en el centro de su campo de visión. Un atisbo de escarlatas y dorados, un leve tono púrpura acariciando la punta de las lejanas copas; tendría que atraparlo, pero mientras estudiaba estas transformaciones, la luz en sí siguió cambiando. El río se convirtió en una balsa de oro y plata en movimiento; el sol se elevó como si los árboles fueran incapaces de contener su auge por más tiempo. El aire mismo se cuajó de luz, inmaculada y fulgurante, hasta el punto de que ya nada era visible, aparte de la luz.